

hollar todo aquel espacio sacrosanto donde se iniciara una obra tan grande, y visitar los sitios ungidos con recuerdos que interesan á la historia universal, no se paran en el esplendor de aquel cielo andaluz y en la transparencia de aquellos mares meridionales; no atienden, ni á las hermosas lagunas llenas así de plantas como de aves acuáticas, ni á los bosques de pinos cortados por verjeles de frutales y por cepas de viñedo que alegran la campiña; no aprecian tanto mineral esparcido á flor de tierra, ni tanto río cargado con sustancias ricas; no miran siquiera los monumentos mudéjares, de una originalidad tan extraña, y los azulejos multicolores, de unas reverberaciones tan hermosas; no saludan la solitaria palmera crecida entre las costas, en que las navecillas atracan, y el montículo, sobre cuyo tope se levanta la Rábida, aquella palmera, testigo de toda la ya legendaria expedición: en el ánimo de todos privan principalmente las evaporaciones de ideas reveladoras despedidas por la comarca y las figuras tradicionales de una epopeya inmortal, tan admirablemente coronadas de luz por la poesía y por la historia.

CAPÍTULO XVII

EL DÍA DE LA PARTIDA



RA el día dos de Agosto de 1492 cuando todos los preparativos para el embarque de Colón hacia el mundo ignoto se dieron por terminados, y quedaron avisadas las gentes para que se aperciesen á la partida, pues no había hora segura de zarpar, librada solamente á la espera de una favorable y necesaria brisa. Como el mar guarda misterios, que parecen divinos, y sorpresas, que parecen providenciales, aquellas ideas religiosas, por la fe cristiana sobrepuestas á todo lo inexplicado é inexplicable, se recrudecen y exaltan en la infinita extensión de los espacios marítimos, como en el silencio nunca interrumpido y en el secreto siempre insondable de la muerte. Por mucho que creamos en la regularidad fatal de las leyes universales y en el enlace y concordancia de todos los fenómenos con el sistema de la naturaleza rigurosamente lógico y con el equilibrio perdurable de las fuerzas, hay algo, lo cual podrá explicarse por quien todo lo

ha causado y todo en sí lo ha comprendido, pero no por nuestra contingente inteligencia, cuya limitación sólo descubre un lado parcialísimo de las cosas, y ahí penetra el enjambre de ideas místicas, subiendo al cielo deliquios de plegaria, espirales de incienso, acentos de órgano, y bajando del cielo rayos de santa inspiración y rocíos de consoladoras esperanzas. Así, nada tan puesto en razón, y tan justificado por todo aquello apercebido y preparado en aquel minuto solemne, como una procesión de rogativa por los tripulantes hecha desde las carabelas ya dispuestas á partirse, hasta las iglesias, donde se fijaban los ojos como en faro espiritual, superior á cuantos faros materiales pudieran encenderse por los promontorios y por las costas. Poco, muy poco resta de la Rábida, castigada por los cambios sociales, tan parecidos á terremotos, que trastornan desde las instituciones y las leyes hasta los monumentos con sus terribles sacudidas; pero junto á un claustro bien ojival de la época, junto á una techumbre mudéjar de alerce donde Colón fijaría de seguro los ojos, consérvase una efigie muy arqueológica de María, en cuya presencia los marineros acaso rezaran, al rumor de las brisas y de los pinos, las poéticas letanías que denominan luminosa estrella de los mares á la Virgen Madre. ¡Cuántas evaporaciones de mal ocultas lágrimas, cuántos soplos de suspiros profundos, cuantos ecos de plegarias ardorosas, no habrán quedado en el regazo de aquella efigie, preferida en las devociones marineras! Por poco poeta que seáis, no podéis acercaros á la Virgen de la Rábida sin ver en sus sienes tal aureola de recuerdos.

Realizado este acto de piedad, rezada en Palos una misa, las tripulaciones volvieron á las carabelas, donde aguardaron sumisas la orden de zarpar, mientras Colón se recogía en el monasterio y velaba diligentísimo en escucha y atención del aguardado viento. Sublimas horas las que le separaban de los comienzos de su empresa, horas en que se agolparían á su memoria todos los recuerdos transmitidos por lo pasado y á su corazón todas las esperanzas que centelleaban sobre lo porvenir y esclarecían los caminos conducentes al anhelado logro de su empresa. Las dos virtudes mayores de Colón resultan la fe viva en Dios y en el amparo de Dios, así como una confianza en sí mismo y en su obra capital proveniente de esta fe viva. Su lectura favorita resulta el Evangelio de San Juan, como el evangelio resulta, junto á los tres que con él constituyen las revelaciones directas del Dios cristiano, una encarnación milagrosa del Verbo, bastante fuerte y eficaz para mover el sublime piloto á cuajar y cristalizar toda la idealidad aquella que debía cumplir sus seguras esperanzas. Así esperaba poder zarpar el día mismo en cuya madrugada se había entrado, el día 3 de Agosto, por ser viernes, y como viernes, fausto, no obstante lo dicho por viejas supersticiones italianas en contrario, pues en viernes la primera cruzada dirigida por Godofredo de Buillón, tomó á Jerusalén, y la última, comandada por los Reyes Católicos, en viernes tomó á Granada. Pero no solamente favorecían los designios suyos estas fechas y reminiscencias célebres; los favorecían también las piadosas tradiciones franciscanas. No comprenderá jamás á Colón quien olvide

cuánto la vista suya tenía de telescópica y de microscópica; cuánto el carácter suyo de profeta y de negociante; cuánto el proceder suyo de sinceridad honrada y de doblez florentina; cualidades opuestas, excluidas unas por otras en los espíritus segundos, pero que se armonizan y hasta se completan en los espíritus superiores. Así no descuidó cosa ninguna, ni desatendió á ningún perfil en sus preparativos, sin empecer esta minucia en lo particular á lo sublime del sintético y sobrenatural conjunto. Él supo encontrar quien le procurase dinero para entrar como socio capitalista en la misma sociedad mercantil donde tenía la parte capitalísima de socio industrial. Él dió con lugartenientes, los cuales cooperaron á su obra en la preparación de cosas segundas, á cuyo seno, por bajas, no descendía el influjo de su espíritu altísimo. Él escribió contratos llenos de números y granjerías con los Reyes, al mismo tiempo que dictaba cartas llenas de fantaseos para que le valiera cuando tuviese que presentarse ante la persona del Grande Kan de Mongolia. Y á todo esto añadía sus propias oraciones, muy repetidas é insistentes, sumadas con las oraciones del Rdo. Fr. Pérez y de toda la Comunidad franciscana.

Colón veló sus carabelas desde la noche del 2 á la mañana de 3 de Agosto, ni más ni menos que velaban sus arreos de pelear los caballeros andantes en la Edad Media. Esperábase por todos los marinos expertos un viento favorable á la salida y no había de faltar la vigilancia suya en tan dichosa espera. Como desde sitio, cual el altillo de la Rábida, podía observarse mar y cielo, el

piloto con atención sostenida observaba, y parecía en su observatorio ave agorera de las que presagian el cambio en los vientos sobre un pie á la cumbre porosa y húmedísima del alto y combatido escollo. La tradición franciscana y los escritores piadosos han puesto aquí un episodio cercano de la leyenda, que si no tiene histórica exactitud, tiene moral probabilidad. En punto de las tres, cuando aun brillaban todos los luceros en el cielo y dormían en la tierra todos los seres, el viento aguardado llegó, difundiendo vida nueva en las venas del descubridor y acelerando con las vibraciones de sus nervios los latidos de su corazón. Los pinos vibraron, como si lanzaran un cántico matinal; y las olas comenzaron á ondular blandamente, cual si latieran, como el soplo de las brisas, al soplo de la esperanza y del amor. Colón despertó al P. Juan Pérez, el P. Juan Pérez al niño Diego, y los tres fuéronse á la iglesia en busca de auxilio celeste y de conhorto religioso para las necesarias terribles separaciones y para el misterioso viaje. Como en la inmensidad etérea lucían las estrellas, en el reducido templo lucían las lámparas. El fulgor de aquéllas esclarecía los derroteros del Océano y el fulgor de éstas esclarecía los derroteros del espíritu. El fraile se revistió y dijo en el altar mayor, ante la Virgen esclarecida por lámparas y cirios litúrgicos, el santo sacrificio. La misa que se decía delante de los altares; la campana que resonaba en el espacio silencioso; la ola que despedía dulce rumor á lo alto; el pino que vibraba como si quisiera murmurar una oración cristiana; el tomillo y la salvia que confundían sus boca-

nadas de aromas con las espirales del incienso; los rezos del niño lloroso al pensamiento de la separación y los píos armoniosísimos de las alondras anunciando ya el nuevo día; las brisas del aire y los versículos del ritual; el áureo cáliz resplandeciendo dentro del templo al par que resplandecía fuera el matinal lucero, como destello de la luz ideal el uno, y como destello de la luz material el otro; las evaporaciones lanzadas por el Océano y las lágrimas por el profeta vertidas; todo cuanto sucedía en esta mañana creadora, todo compenetraba el espíritu con la Naturaleza y confundía las criaturas unas con otras en los senos de su divino Criador.

¡Cómo rezaría Juan Pérez aquella misa, una de las más augustas y solemnes, si en esto caben grados, que se hayan jamás dicho en los altares católicos! Y cómo la oiría Colón, pensando en sus deliquios interiores y en sus adivinaciones proféticas, que por aquella noche, á las nupcias divinas del alma humana con el espíritu divino, virgen creación, más bella que la referida por el *Génesis*, é iluminada por una luz más hermosa que la luz material, por la luz del pensamiento redimido y libre, iba en los mares á surgir, como una evocación de su genio. El paso ante sus ojos de los divinos misterios conmemorados en la misa debía confortarle para soportar el recuerdo de los dolores antiguos y apercibirlo para recibir la triste visita de los dolores futuros. He ahí por qué nunca podrá extinguirse la virtud santa del cristianismo, ni contrastarse la milagrosa influencia suya sobre las almas, porque al revés de todas las religiones, divinizadoras de la fortuna



Alfaro

lit Felipe C Rojas Madrid

nadas de aromas con las espirales del incienso; los rezos del niño lloroso al pensamiento de la separación y los píos armoniosísimos de las alondras anunciando ya el nuevo día; las brisas del aire y los versículos del ritual; el áureo cáliz resplandeciendo dentro del templo al par que resplandecía fuera el matinal lucero, como destello de la luz ideal el uno, y como destello de la luz material el otro; las evaporaciones lanzadas por el Océano y las lágrimas por el profeta vertidas; todo cuanto sucedía en esta mañana creadora, todo compenetraba el espíritu con la Naturaleza y confundía las criaturas unas con otras en los senos de su divino Criador.

¡Cómo rezaría Juan Pérez aquella misa, una de las más augustas y solemnes, si en esto caben grados, que se hayan jamás dicho en los altares católicos! Y cómo la oiría Colón, pensando en sus deliquios interiores y en sus adivinaciones proféticas, que por aquella noche, á las nupcias divinas del alma humana con el espíritu divino, virgen creación, más bella que la referida por el *Genesis*, é iluminada por una luz más hermosa que la luz material, por la luz del pensamiento redimido y libre, iba en los mares á surgir, como una evocación de su genio. El paso ante sus ojos de los divinos misterios conmemorados en la misa debía confortarle para soportar el recuerdo de los dolores antiguos y apercibirlo para recibir la triste visita de los dolores futuros. He ahí por qué nunca podrá extinguirse la virtud santa del cristianismo, ni contrastarse la milagrosa influencia suya sobre las almas, porque al revés de todas las religiones, divinizadoras de la fortuna



M. Pico
Lit. Felipe G. Rojas. Madrid.

EL DÍA DE LA PARTIDA